



Cayó por fin el primer ministro iraní. Bastó con la llegada al país del líder religioso, el Ayatolah Khomeini, para que se derrumbara el último gobierno nombra por el Sha. De poco ha servido que el monarca persa contara con un ejército supermoderno, al que había privilegiado con todos los privilegios y facilidades económicas. De poco ha servido que el régimen iraní contara con el apoyo de los Estados Unidos y de Alemania, que tenían en el país jugosísimas inversiones. De poco ha servido que Irán hubiera entrado en un profundo proceso de industrialización y modernización de corte capitalista. Todo ello no ha bastado para que se desplomase el régimen, tras un año de resistencia pasiva por parte de un pueblo, a quien principalmente alentaba un espíritu religioso-político.

No han hecho falta guerrillas. No han hecho falta actos terroristas. El arma principal han sido las masivas manifestaciones callejeras y en algún momento decisivo huelgas importantes en la industria petrolera. Y el alma de toda esta resistencia pasiva contra un formidable aparato represivo ha sido el espíritu musulmán, sostenido desde el exilio por un anciano de cerca de ochenta años y apoyado desde dentro por los responsables de la religión popular. Durante años los líderes religiosos del pueblo iraní han ido alimentando una conciencia colectiva, que repudiaba el poco respeto a la tradición cultural del pueblo musulmán, la falta de libertades democráticas, la poca atención al desarrollo campesino y la enorme corrupción de gobernantes y militares. Poco a poco esta protesta ~~lucida~~ fue calando en el alma popular hasta convertirse en una fuerza irresistible.

El Sha quiso reaccionar, pero fue tarde. Encerrado en su palacio, rodeado de aduadores, preocupado tan sólo por dar ventajas y regalías a los militares, no llegó a saber lo que pensaba su pueblo y lo que pensaban los líderes religiosos. Cuando las calles de Teherán y de las principales ciudades iraníes



se llenaron con el estallido de millones de gargantas airadas, era ya tarde. Las promesas de castigar a los gobernantes corruptos, de dar amnistía a los presos políticos, de iniciar una apertura democrática, no sirvieron de nada. Había perdido toda credibilidad. Ni siquiera un político de la oposición como Bakhtiar pudo lograr contener la marea. Y ahora la solución está más difícil, porque las heridas están más encoñadas. Se piden responsabilidades a dos jefes militares que ordenaron disparar contra las masas y que causaron centenares si no millares de muertos. Tal vez no sea fácil edificar la república islámica. Pero la revolución se ha puesto en marcha.

Los analistas iraníes no habían dado importancia a lo que puede suponer una profunda fe religiosa convertida en conciencia política. Como no había un poderoso influjo comunista, como no había grupos guerrilleros que hubieran podido ser aplastados por el ejército, como había un fuerte capitalismo se pensó que todo estaba asegurado. Así lo creyó Estados Unidos. Hoy pagan su equivocación. Con razón las fuerzas reaccionarias de nuestro continente están preocupadas porque la fe cristiana no se haga política, no se preocupe de lo que ocurre en la sociedad y en el estado, no se ponga del lado del dolor y de la opresión populares. La trasnochada tesis marxista de que la religión es el opio del pueblo, está siendo negada por los hechos. De ahí que los empresarios mexicanos vean a piadosos y moderados obispos como marxista con sotana. Sólo los miopes marxistas ortodoxos y dogmáticos se empeñan en no creer en el valor liberador de una religión comprometida.

El caso del Irán prueba manifiestamente que no se requiere el rodeo del marxismo revolucionario y violento para echar por la borda un régimen corrupto y opresor. Prueba también que la paciencia del pueblo tiene un límite. Prueba que quien no quiere ceder a tiempo acaba perdiéndolo todo. Prueba que los pueblos con alma son pueblos irresistibles. Son lecciones persas para políticos salvadoreños.